



8

Moisés, el amigo de Dios

Seguimos caminando en este apasionante recorrido para conocer mejor al Señor y nuestra vida cristiana, la vida espiritual.

Hemos partido de una luz, de la llamada, de la vocación que tenemos a la **felicidad**, esa felicidad que solo podemos encontrar con Dios. Y hemos visto cómo la **bendición** es el camino que Dios ha elegido para llevarnos hasta Él. Hemos acudido a los Patriarcas, a **Abrahán, Isaac y Jacob**. Y más de cinco siglos después nos encontramos con **Moisés**.

Vamos a ver cómo el Señor se muestra a través de la experiencia espiritual de este hombre de Dios. A través de la elección de un hombre, Dios va a formar un pueblo y también **a través de Moisés vamos a ir conociendo las claves del camino espiritual que se siguen manteniendo en nuestra vida cristiana**.

Después de muchos años de silencio, de más de quinientos años, aquella promesa de Dios a Abrahán parece que ha quedado en el olvido. Sus descendientes, los israelitas, están oprimidos, son esclavos en Egipto. ¿Dios se ha olvidado de su promesa? No. Después del silencio, Dios irrumpe de nuevo. Escuchamos un texto bien conocido al comienzo del capítulo tercero del Éxodo:

Texto (Ex 3, 1-6) —————

«En cierta ocasión Moisés llevó las ovejas más allá del desierto; y llegó hasta Horeb, la montaña de Dios.

El ángel de Yahveh se le apareció en forma de llama de fuego, en medio de una zarza. Vio que la zarza estaba ardiendo, pero que la zarza no se consumía.

Dijo Moisés: “Voy a acercarme para ver este extraño caso: por qué no se consume la zarza”.

Cuando vio Yahveh que Moisés se acercaba para mirar, le llamó de en medio de la zarza, diciendo: “¡Moisés, Moisés!”. Él respondió: “Heme aquí”.

Yahveh le dijo: “No te acerques aquí; quita las sandalias de tus pies, porque el lugar en que estás es tierra sagrada”. “Yo soy el Dios de tu padre, el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob”. Moisés se cubrió el rostro porque temía ver a Dios».

Recorriendo el desierto, Moisés está solo y en la soledad Dios le sale al encuentro, se le aparece en una forma inaudita, en llama de fuego, en una zarza ardiente, pero que no se consume. Moisés quiere ver, le llaman, oye hablar y quiere saber quién pronuncia su nombre.

¡Cómo cambia Dios las cosas! Dios le llama por su propio nombre: «**¡Moisés! ¡Moisés!**». Y Moisés dice: «**¡Aquí estoy!**». Está presente ante Dios y le concede el misterio de reconocer la santidad de Dios: «**quita tus sandalias de tus pies porque este lugar es santo**». Y el Señor se presenta: «**yo soy el Dios de Abrahán, de Isaac, de Jacob, de tus padres**», y Moisés se cubre el rostro porque tenía miedo de ver a Dios.

Dios no se ha olvidado de la promesa. Dios a veces guarda silencio, un silencio largo, pero no es sino la aurora de una nueva y más profunda intervención.

Dios está vivo, bien vivo, Dios, que nos conoce y nos llama por nuestro nombre, que quiere salir al encuentro, que nos invita a reconocer su santidad y a descubrir que es el que ha ido caminando, ha ido amando, ha ido acompañando a nuestros padres. Ante esta manifestación amorosa de Dios, Moisés se cubre el rostro porque tenía miedo de ver a Dios. Veremos qué transformación tan profunda va a sufrir Moisés.

Este Dios que sale al encuentro, ¿qué quiere?, ¿por qué viene? Escuchemos cómo sigue el relato del capítulo tercero del Éxodo:

Texto (Ex 3, 7-11)

«Dijo Yahveh: “He visto la aflicción de mi pueblo en Egipto, y he escuchado su clamor ante sus opresores; pues conozco sus sufrimientos.

He bajado para librarle de la mano de los egipcios y para subirle de esa tierra a una tierra que mana leche y miel. El clamor de los israelitas ha llegado hasta mí, ahora, pues, ve; yo te envío a Faraón, para que saques a mi pueblo, los israelitas, de Egipto”.

Dijo Moisés a Dios: “¿Quién soy yo para ir a Faraón y sacar de Egipto a los israelitas?”.

Dios respondió: “Yo estaré contigo y ésta será para ti la señal de que yo te envío: Cuando hayas sacado al pueblo de Egipto daréis culto a Dios en este monte”».

Impresionante. El Dios que salía al encuentro del hombre, el Dios que prometía bendición, el Dios amigo que llamaba a caminar en su presencia a Abrahán, a Isaac, a Jacob, da un paso adelante, ahora nos habla de lo que vive, de su experiencia personal, de su vivencia.

«He visto, he escuchado, conozco, he bajado, ha llegado hasta mí». Son verbos que nos hablan de la vivencia de Dios. ¿Y qué es lo que ha visto Dios? La aflicción de su pueblo. ¿Qué ha escuchado? Su clamor ante la opresión. ¿Qué es lo que conoce Dios? Los sufrimientos de los que ama.

Por lo tanto, se nos habla de una vivencia: “el clamor de los israelitas, sus sufrimientos, su dolor, su desamparo, ha llegado hasta Mí, me ha llegado a lo más profundo”. Y entonces, ¿qué sucede? Dios no se queda en algo que vive interiormente, sino aparece su decisión, determinación, ponerse manos a la obra, compromiso, he bajado para **librar a mi pueblo** de la opresión de los egipcios, para subirle, **para llevarle hasta Mí**, a una tierra que mana leche y miel. Vamos a ver qué es llevarle hasta Él. Lo dirá al final: *«saldréis y daréis culto a Dios, viviréis conmigo en mi intimidad».*

Pero lo impresionante es que para llevar a cabo esto, desde esa repercusión que tiene en Dios la vida de los hombres a los que ama y la decisión de salvar, Dios toma un camino que nos parece inconcebible, que es: *«yo te envío, Moisés, ve, yo voy a estar contigo».* Parece inaudito. Dios, para salvar –y solo Dios puede salvar–, lo que hace es llamar a un hombre solo. Entonces Moisés responde: *«¿y quién soy yo?».*

Más adelante el relato nos habla de un forcejeo entre Dios y Moisés, porque Moisés, que intentó librar al pueblo hace años, lo dejó, tuvo que salir corriendo de Egipto porque ni los suyos, los israelitas, quisieron hacerle caso, y al matar a un egipcio, el Faraón le buscaba para matarlo y huyó. Ya se había acomodado, se había casado, tenía toda su vida ya hecha, instalada y ahora viene Dios a que haga lo que quiso hacer él y no pudo, ahora cuando ya se siente mayor y está instalado, Dios viene a sacarle y a decirle que a través de él quiere salvar.

Dios no es indiferente, a Dios le llega la vida de los hombres, a Dios le afecta nuestra vida, es el Dios que se fija en nosotros y quiere salvar al hombre, pero contando con su voluntad, con su cooperación, con el hombre y por medio de él. Escuchemos cómo sigue el relato:

Texto (Ex 3, 13)

«Contestó Moisés a Dios: “Si voy a los israelitas y les digo: ‘El Dios de vuestros padres me ha enviado a vosotros’; cuando me pregunten: ‘¿Cuál es su nombre?’, ¿qué les responderé?”. Dijo Dios a Moisés: “Yo soy el que soy”. “Así dirás a los israelitas: ‘Yo soy’ me ha enviado a vosotros”. Este es mi nombre para siempre, por él seré invocado de generación en generación».

El nombre de Dios, «**Yo soy el que soy**»,¹ el nombre de Dios es Yahvé². Dios nos revela su nombre, nos descubre quién es, pero sobre todo al dar su nombre está invitando a una amistad, a un diálogo con Él. “Este es mi nombre, con él seré invocado”. Nos ha dado su nombre, no para saber cómo se llama, sino para que usemos su nombre, para que nos relacionemos con Él, para que le invoquemos.

El nombre de Dios encierra el misterio divino: Dios es el Ser subsistente, trasciende la creación, Él lo ha creado todo, es el Dios fiel, presente, cercano, santo, rico en misericordia, perfecto, es la verdad y el amor... tantas cosas se encierran en el nombre de Yahveh, «Yo soy el que soy».

Ahora bien, hay una cosa que enseguida destaca: «**Yo soy el Dios de tus padres**», «**Yo estoy contigo**». Podríamos decir que una de las dimensiones del nombre de Dios es una verdad: **Yo soy el que estoy contigo, el que estoy con los hombres, el que estoy con vosotros**. Dios es el Emmanuel, el Dios con nosotros, el Dios que está presente para salvar.

Dios responde ante nuestra situación de necesidad, de esclavitud, de opresión. Ahora bien, para salvar quiere contar con nosotros y con nuestra libertad, con nuestra cooperación. Veamos cómo resume todo esto de manera preciosa el número 2575 del *Catecismo de la Iglesia Católica*:

Texto (CIgC 2575)

«Dios llama a Moisés desde la zarza ardiendo. “El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob” es el Dios vivo que quiere la vida de los hombres. Él se revela para salvarlos, pero no lo hace solo ni contra la voluntad de los hombres: llama a Moisés para enviarlo, para asociarlo a su compasión, a su obra de salvación. Hay como una imploración divina en esta misión, y Moisés, después de debatirse, acomodará su voluntad a la de Dios salvador. En este diálogo en el que Dios se confía, Moisés aprende también a orar».

Dios se revela para salvar al hombre, llama a Moisés para asociarle a su obra de salvación, Dios conquista a Moisés. ¿Sabes?, a ti y a mí también nos cuesta abrirnos al Señor, como que le tenemos a distancia. Dios nos tiene que conquistar para que podamos entrar en esa vida de comunión con Él que nos pone al servicio de sus designios y al servicio de su obra de salvación.

Y Moisés acoge la llamada del Señor, sale adelante. Con Aarón, los dos van a buscar al pueblo, se encontrarán con el Faraón y viene toda esa historia que conocemos bien: las plagas, la pascua, el éxodo, el camino por el desierto hasta llegar a la montaña santa. Dios les ha traído para hacer alianza.

Moisés experimentará hasta qué punto el Señor elige y quiere servirse de los hombres. Recordemos aquella oración de intercesión preciosa con los brazos extendidos, en la batalla contra los amalecitas en la que tienen que sostener los brazos a Moisés para poder vencer (Ex 17, 8-16). Es una experiencia impresionante de oración, una llamada a comprender la fuerza que tiene nuestra oración siempre, más allá de lo que somos capaces de ver.

Moisés, llegado a la montaña santa, al Sinaí, escucha la voz de Dios que viene para hacer alianza. Escuchemos lo que dice el principio del capítulo diecinueve del Éxodo:

¹ En Ex 3, 14 “Yo soy el que soy” y “Yo soy”. En Os 1, 9 “Yo soy”.

² Una forma más antigua del nombre es “Yah” aparece en Ex 15, 2; Salmos 89,9 y 104,35. Y en la expresión “Aleluya”: “¡Alabad a Yah!” (Salmo 150,1).

Texto (Ex 19, 3)

«Moisés subió hacia Dios. Yahveh le llamó desde el monte, y le dijo: “Así dirás a la casa de Jacob y esto anunciarás a los hijos de Israel: “Ya habéis visto lo que he hecho con los egipcios, y cómo a vosotros os he llevado sobre alas de águila y os he traído a mí. Ahora, pues, si de veras escucháis mi voz y guardáis mi alianza, vosotros seréis mi propiedad personal entre todos los pueblos, porque mía es toda la tierra; seréis para mí un reino de sacerdotes y una nación santa”».

Dios llamó a Moisés desde el monte, y Moisés subió hacia Dios: eso es la vida cristiana, esto es la vida espiritual, ir hacia Dios. De hecho todo el sentido de la Pascua y del Éxodo es este: **«Habéis visto lo que he hecho y cómo os he llevado sobre alas de águila y os he traído a Mí».**

¡Os he traído a Mí! Este es el sentido de toda la acción de Dios, traer a los hombres hacia Él, hacia la intimidad de una comunión de vida y de amor, a ser amigos de Dios.

Esto significa que hay que escuchar su voz y guardar su alianza. Dios dará el código de la Ley, el Decálogo, los diez mandamientos, y dice y asegura: **«Seréis mi propiedad personal, viviréis y seréis para Mí un reino de sacerdotes y una nación santa».**

Es un texto que vuelve a aparecer en el Nuevo Testamento para recordarnos la dignidad de los cristianos. Toda la obra de Dios es para conducirnos a Él. Todo el trabajo de Dios en tu vida es para esto: cómo trabaja Dios cada día para llevarte hacia Él, para que puedas conocer su voz y para que hagas alianza de vida y de amor con Él, para que vivas en su amistad.

Y en medio de esto el Señor va a hacer una obra decisiva con su pueblo. Escuchemos lo que nos dice el capítulo 25 del Éxodo:

Texto (Ex 25)

«Yahveh habló a Moisés diciendo: “Me harás un Santuario para que yo habite en medio de los israelitas”».

«Me harás un santuario para que yo habite»: es la tienda del Encuentro, la tienda de la reunión, donde estaba el Arca del Alianza, un santuario, una casa, una morada donde Él habitará, la tienda del encuentro que pasará después, con el correr de los días, a ser el Templo de Jerusalén, el templo santo. ¿Por qué el Santuario? Porque Dios que está y camina con su pueblo, quiere habitar con los hombres, quiere tener una morada, un lugar privilegiado donde Él está y habita.

Escuchemos lo referido al Templo en tiempos del rey Salomón en dos textos de la Escritura.

Texto (1 Re 8, 12)

«Salomón dijo: “Yahveh quiere habitar en densa nube. He querido erigirte una morada, un lugar donde habites para siempre”».

Una morada donde Dios pueda habitar siempre. Fijaos cómo esto permanece en la vida cristiana, en la Iglesia. En nuestros templos el Señor está en la Eucaristía, donde nos convoca, donde nos reúne. Dios ha querido poner morada en medio de los hombres, y la sigue teniendo en nuestros días.

Al principio, **la tienda del Encuentro**, luego permanentemente **el Templo**, lugar sagrado por excelencia; después cuando ha venido nuestro Señor **Jesucristo**, que es **Dios con nosotros**, se ha quedado de una manera única en la Eucaristía, y en cada templo, en cada **iglesia** tenemos **el Sagrario**, donde Él tiene su morada, donde Él nos espera, donde habita. Escuchemos cómo responde el Señor a Salomón:

Texto (2 Cro 7, 15)

«Dijo Dios a Salomón: “Mis ojos estarán abiertos, y mis oídos atentos a la oración que se haga en este lugar; pues ahora he escogido y santificado esta Casa, para que en ella permanezca mi Nombre por siempre. Allí estarán mis ojos y mi corazón todos los días”».

En la casa donde habita el Señor está Él mismo y sus ojos están abiertos, sus oídos atentos a la oración que hagamos, y ese lugar es el que ha escogido por casa para que permanezca su nombre por siempre, allí estarán sus ojos y su corazón todos los días, siempre, y especialmente en el sagrario, en la Eucaristía. Y en los lugares donde se va a buscar al Señor, donde se ora, se descubre que sus ojos y su corazón están.

Ahora bien, sabemos cómo el Templo no es solo el edificio, sino que el verdadero Templo de Dios es Cristo y que ha hecho de su Cuerpo, la Iglesia, templo de Dios, y que todo cristiano es templo de Dios. **«¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu Santo habita en vosotros? Pues el templo de Dios es santo, y ese templo de Dios sois vosotros»**, nos dice san Pablo (1Cor 3, 16-17). Escuchamos las palabras referidas en su plenitud cristiana. Dios, que habita en nosotros por la gracia, si no lo hemos echado, sus ojos están abiertos, sus oídos atentos, su corazón reposando en el templo que somos nosotros. Sí ¿No lo habías pensado nunca? Pues descúbrelo, porque **estás habitada, estás habitado por un Dios pendiente de ti, que vive en ti cuando estás en gracia, que quiere ser uno contigo.**

Terminamos esta segunda parte con Éxodo 29:

Texto (Ex 29, 45-46)

«Habitaré en medio de los israelitas, y seré para ellos Dios. Y reconocerán que yo soy Yahveh, su Dios, que los saqué del país de Egipto para morar entre ellos. Yo, Yahveh, su Dios».

¿En qué se hace reconocer como el Dios vivo? En que habita en medio de los israelitas y será para ellos Dios. **«Los saqué de Egipto para habitar entre ellos»:** Este es el sentido de la acción de Dios. A través de Moisés, **Dios reúne, forma al pueblo.** ¿Para qué? **Para ser su Dios.** Y así sigue siendo en **la Iglesia:** Dios que nos busca, que ha hecho toda la obra de la Salvación, ¿para qué? Para habitar en medio de nosotros, para ser nuestro Dios. ¡Qué bueno eres Señor, que quieres habitar entre nosotros!

Seguimos en este camino fascinante de Moisés con el pueblo. Moisés ha ido conociendo cada vez más a Dios y realmente tiene una evolución espiritual impresionante. Vamos a escuchar unos textos del capítulo 33 del Éxodo, donde vamos a descubrir a Moisés, el amigo de Dios, el que habla cara a cara con Él, el que desea ver a Dios.

Texto (Ex 33, 11-17)

*«Yahveh hablaba con Moisés cara a cara, como habla un hombre con su amigo...
Dijo Moisés a Yahveh: “Mira, tú me dices: Haz subir a este pueblo; hazme saber tu camino, para que yo te conozca y halle gracia a tus ojos, y mira que esta gente es tu pueblo”.
Respondió Yahveh: “Yo mismo iré contigo y te daré descanso. Haré esto que me acabas de pedir, pues has hallado gracia a mis ojos, y yo te conozco por tu nombre”».*

Dios, que salió a su encuentro allí, después de cruzar el desierto cuando él pastoreaba; Moisés se resistía a hacer lo que Dios le pedía hasta que Dios conquistó su corazón. Y ese Moisés ahora habla cara a cara con Dios como un amigo. Esto es lo que quiere Dios de nosotros, de cada uno de nosotros, pues vivir en Cristo es vivir como amigos de Dios.

Moisés intercede, ha recibido una misión, le dice: **«Señor, si no vas a marchar con nosotros, no nos hagas salir».** Moisés necesita que el Señor esté con él, porque él no quiere hacer nada si Dios no va a ser amigo y compañero.

Y fijaos qué palabras dice el Señor, que son para cada uno de nosotros: «**Yo mismo iré contigo y te daré descanso**». Esto es nuestra vida. El Señor siempre está con nosotros y quiere ser nuestro reposo, ¿por qué? Porque hemos hallado gracia ante sus ojos, nos ama y nos conoce por nuestro nombre.

«**Haré lo que me acabas de pedir**». Recordad, Dios siempre escucha la oración. Escucha cómo Dios te dice lo mismo: «**eres preciosa, precioso a mis ojos, y te conozco por tu nombre ¡te quiero!**». Y en la base de esta amistad hay algo muy importante. Veamos lo que nos dice el libro de los Números en el capítulo doce sobre Moisés:

Texto (Núm 12, 3-7) _____

«Moisés era un hombre muy humilde, más que hombre alguno sobre la faz de la tierra. Yahveh dijo: “Moisés es de toda confianza en mi casa; boca a boca hablo con él, abiertamente”».

Amigo que habla cara a cara, con toda confianza, ¿por qué? Porque Moisés era muy humilde, humildísimo, **¡esto es clave! Tantas veces no podemos progresar en el Señor porque no hemos entrado en humildad.** Se la pedimos al Señor muy especialmente hoy, de la mano de la Virgen María, la humilde, la humildísima. “Señor, haznos reconocernos ante ti humildes, como lo que somos, criaturas, y además pecadores, necesitados de ti, pero llenos de confianza en tu amor, en tu fidelidad”.

Y viene ahora la gran petición de Moisés; atención:

Texto (Ex 33, 18) _____

«Entonces dijo Moisés: “Déjame por favor ver tu gloria”. Yahveh le contestó: “Yo haré pasar ante tu vista toda mi bondad y pronunciaré delante de ti el nombre de Yahveh; pero mi rostro no podrás verlo; porque no puede verme el hombre y seguir viviendo”.

Moisés subió al monte e invocó el nombre de Yahveh. Yahveh pasó por delante de él y exclamó: “Yahveh, Yahveh, Dios misericordioso y clemente, tardo a la cólera y rico en amor y fidelidad, que mantiene su amor por millares, que perdona la iniquidad, la rebeldía y el pecado”».

«**Déjame ver tu gloria**»: esta es la gran petición. ¿Os acordáis? Aquel que cuando se le mostró en la zarza ardiente se tapaba la cara y temía ver a Dios, ahora lo pide, está sediento de Dios, está tocado por la sed de Dios. Pues, ¿sabéis?, esto nos pasa a nosotros, rehuimos al Señor, nos escondemos porque no le conocemos y porque no hemos saboreado a Dios, porque no hemos entrado en amistad. Cuando se entra en amistad con Dios, uno empieza a transformarse y desde lo más profundo queda prendado, sediento de Dios, y Dios está esperando que se lo pidamos: «**Déjame ver tu gloria**».

«**Te mostraré mi bondad, pronunciaré mi nombre, pero mi rostro no lo puedes ver, porque no puede verme el hombre y seguir viviendo**». No se puede ver a Dios en las condiciones de esta vida mortal. Precisamente es necesario pasar a otra condición, que es la del cielo, para gozar plenamente de Dios. Aquí ya participamos de su vida, pero en fe y en carne mortal, deseando participar un día su gloria.

Moisés sube hasta Dios e invoca su nombre y Dios ahora nos dice que es el Dios misericordioso, rico en amor y fidelidad. Así es Dios. Y nos dice aún algo más el Éxodo al final del capítulo 34:

Texto (Ex 34, 29) _____

«Luego, bajó Moisés del monte Siná y no sabía que la piel de su rostro se había vuelto radiante, por haber hablado con Yahveh. Los israelitas miraron a Moisés, y al ver que la piel de su rostro irradiaba, temían acercarse a él. Moisés los llamó, y cuando acabó de hablar con ellos, se puso un velo sobre el rostro».

El contacto con Dios transforma, transfigura. Moisés está sumergido en Dios y no se da cuenta de que su piel se ha vuelto luminosa. El contacto con Dios diviniza, él no notaba nada, lo notan los demás, porque para él empezaba a ser natural estar con Dios y tratar con Él.

En cambio, los demás veían el rostro radiante de Moisés y tenían miedo, porque les faltaba amistad con Dios. Y, al contrario, cuando se va conociendo a Dios y uno conoce a un hombre, a una mujer de Dios, es todo lo contrario, uno se siente atraído por esa belleza, por ese perfume, por esa fragancia que irradian el hombre y la mujer que conocen y viven a Dios. Dios también quiere esto de nosotros, que vivamos a Dios para que nos transfigure.

Escuchamos lo que nos dice el COMPENDIO DEL CATECISMO DE IGLESIA CATÓLICA en el número 533, respondiendo a la pregunta: *¿Cuál es el mayor deseo del hombre?*

Texto (*Compendio CIC 533*)

«El mayor deseo del hombre es ver a Dios. Éste es el grito de todo su ser: “¡Quiero ver a Dios!”. El hombre, en efecto, realiza su verdadera y plena felicidad en la visión y en la bienaventuranza de Aquel que lo ha creado por amor, y lo atrae hacia sí en su infinito amor».

“El que ve a Dios obtiene todos los bienes que se pueden concebir” (San Gregorio de Nisa).

El mayor deseo del hombre es ver a Dios. ¿Sabes cuándo vas progresando en tu vida espiritual, verdaderamente? Cuando salga de lo más profundo de tu corazón un clamor, un grito: **¡quiero ver a Dios!** Ahí está nuestra verdadera felicidad, en el Dios que es amor y nos atrae hacia sí con infinito amor.

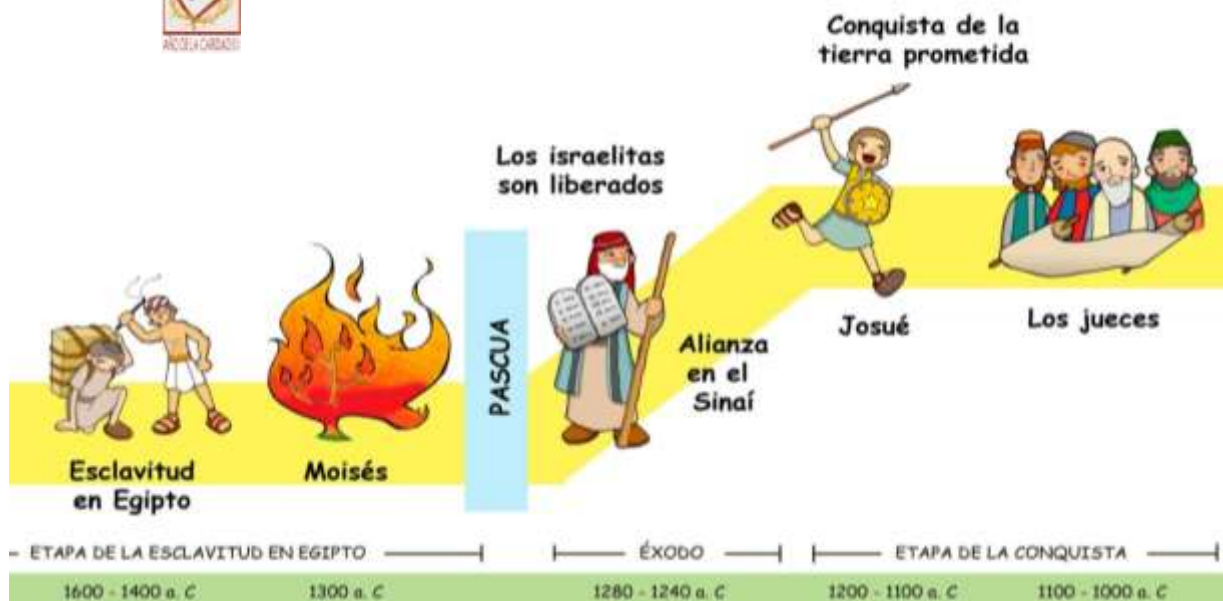
Con Moisés, descubrimos que nuestra verdadera vocación es la amistad con Dios, de la que brota el deseo de ver a Dios. Descubrimos también la unidad de la vida espiritual, que implica la unión con Dios, la comunión con los hombres, la colaboración en la salvación de los hombres. La amistad con Dios nos transfigura en Dios y nos asemeja a Él.

Terminamos con una oración de santa Gertrudis dirigida a Moisés:

*«¡Oh Moisés, amado de Dios!,
obtenme el espíritu de mansedumbre, de paz y de amor,
que te hicieron digno de hablar cara a cara con el Señor de la gloria».*



Meditación de Miguel Ángel Pardo en el programa “Dame de beber” de Radio María emitido desde el Centro de Espiritualidad del Corazón de Jesús de Valladolid, el 25 de noviembre de 2007



PARA PROFUNDIZAR EN NUESTRA VIDA CRISTIANA

*Algunas orientaciones que nos pueden ayudar en la lectura personal
y a la comprensión del texto:*

Paso a paso ...



Invocación al Espíritu

Pídele que te ilumine y
te abra a la comprensión de la
Palabra



Lectura del texto

Lee de forma pausada para
captar qué dice el texto



Meditación

¿Qué me dice el Señor en
este encuentro?



Oración

Respondo al Señor,
de corazón a corazón



Compromiso

Salto a la vida con
otra actitud

Propuestas para la reflexión.

- ✓ Qué paralelos encuentras entre la vida de Moisés y la vida de Jesús
- ✓ Moisés acompañó física y espiritualmente al pueblo de Dios peregrino hasta la tierra prometida. ¿Qué le pediríais a quien tiene la misión de acompañar? ¿qué esperas del acompañamiento espiritual en la travesía de tu vida de fe?
- ✓ La presencia de Dios se manifiesta a través del fuego en la zarza que no se consume, compara esta imagen con Hch 2, 1-41 y Lc 3,16 ¿Conoces el poema de san Juan de la Cruz "*llama de amor viva*"?
- ✓ Dios llamó a Moisés desde el monte y subió hacia Dios, compara esta resonancia con Lc 9, 28-36
- ✓ ¿Podrías decir cuál es el paso que te falta para transformarte de creyente en seguidor de Cristo?
- ✓ Podemos expresar en forma de oración, todo aquello que hemos meditado en la lectura de estas páginas.